

Hannah Tinti

# El buen ladrón

Traducción de Jesús Zulaika



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Título de la edición original:*  
The Good Thief  
The Dial Press  
Nueva York, 2008

*Diseño de la colección:* Julio Vivas y Estudio A  
*Ilustración:* David Frankland

*Primera edición:* marzo 2010

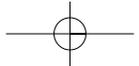
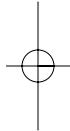
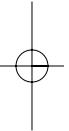
© De la traducción, Jesús Zulaika, 2010  
© Hannah Tinti, 2008  
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2010  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7529-4  
Depósito Legal: B. 3458-2010

Printed in Spain

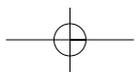
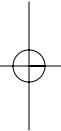
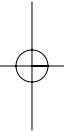
Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons

*Para mis hermanas Hester y Honorah*

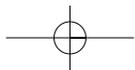
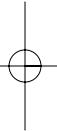
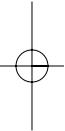


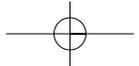
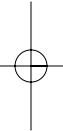
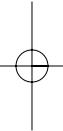
Si un hombre es capaz de escribir un libro mejor, predicar un sermón mejor o fabricar una ratonera mejor que su vecino, por mucho que habite en medio de los bosques el mundo acabará abriendo un camino trillado hasta su puerta.

RALPH WALDO EMERSON



## Primera parte





## 1

El hombre llegó después de las oraciones de la mañana. Se corrió la voz de que había venido alguien, y los chicos de Saint Anthony se daban codazos unos a otros para poder observar mejor la escena cuando lo vieron desenganchar el caballo y llevarlo hasta el abrevadero. La cara del hombre no se podía ver bien, porque llevaba el sombrero tan calado que el ala casi le tocaba la nariz. Ató las riendas al poste, y se quedó allí de pie, dándole palmaditas al caballo en el cuello mientras bebía. El hombre esperó, y los chicos observaron, y cuando por fin la yegua levantó la cabeza vieron cómo el hombre se inclinaba hacia delante, acariciaba el hocico del animal y lo besaba. Luego se limpió los labios con el dorso de la mano, se quitó el sombrero y echó a andar por el patio hacia el convento.

A menudo venían hombres en busca de chicos. A veces para procurarse mano de obra barata, a veces por el prurito de hacer el bien. Los hermanos de Saint Anthony ponían a los huérfanos en fila, y los hombres se paseaban de un extremo a otro de ella, inspeccionándolos. Sabíamos enseguida lo que buscaban al darnos cuenta de dónde miraban. Normalmente querían chicos de casi catorce años, los más gritones, los más fuertes. Luego sus ojos bajaban a los que gateaban apenas, a los tambaleantes niños de dos años, aún nuevos y no contaminados. Ello excluía a

los del medio, a los que habían perdido la grasa y los rizos de bebé pero que aún no tenían edad suficiente para poder ayudar en los trabajos. Esos niños solían ser malhumorados y poco podían ofrecer a nadie salvo piojos o algún sarampión pertinaz. Ren era uno de ellos.

No tenía recuerdos del principio de su vida, de una madre o un padre, de un hermano o una hermana. Su vida era simplemente Saint Anthony, y lo que recordaba había empezado ya «en medio de las cosas»: el olor de las sábanas hirviendo y la lejía; el sabor de la harina de avena; lo que se sentía al dejar caer un ladrillo sobre una piedra y ver cómo saltaban los añicos rojos, y al usar luego esos trozos para escribir en las paredes del convento, y al ser zurrado por hacerlo, y al tener que limpiarlo todo con un trapo mojado y frío.

Ren había llevado su nombre en el cuello de la camisa de dormir: tres letras bordadas con hilo azul oscuro, en una tela de buen lino. Lo había llevado hasta que tuvo casi dos años. Después se la quitaron para dársela a otro niño más pequeño. Ren aprendió a vigilar a Edward, luego a James, luego a Nicholas, y a arrinconarlos en el patio. Sujetaba a la criatura —que no paraba de intentar zafarse— contra el suelo y examinaba detenidamente las tres letras cada vez más desvaídas, y se preguntaba quién las habría bordado. La R y la E llevaban un punto de cruz más grueso, pero la N era más delgada, e inclinada hacia la derecha, como si la persona que la estaba bordando al final se hubiera apresurado para terminar antes. Cuando la camisa de dormir acabó muy gastada por el uso, la cortaron para hacer vendas. El hermano Joseph le dio a Ren el cuello bordado con las letras, y Ren, por la noche, lo metía con cuidado debajo de la almohada.

Ren observaba al visitante, que aguardaba en los escalones del convento. El hombre se pasaba el sombrero de una mano a otra, y dejaba marcas húmedas en el fieltro. La puerta se abrió y el hombre entró en el convento. Instantes después el hermano Joseph vino a reunir a los niños, y dijo:

–Venga, a la estatua.

La estatua de San Antonio estaba en el centro del patio. Era de mármol, y vestía el hábito de los frailes franciscanos. La tonsura era como un halo que le rodeaba la cabeza. En una mano sostenía un lirio y en la otra un pequeño infante con una corona. El infante tendía una mano en un gesto de súplica, y con la otra tocaba la mejilla al santo. Había veces –cuando el sol iba descendiendo en la tarde y las sombras hacían juegos en la piedra– en las que ese roce parecía más una bofetada. Aquel infante era Jesucristo, y su emparejamiento con San Antonio daba fe de que el santo tenía la facultad de transmitir mensajes a Dios. Cuando faltaba una hogaza de pan en la cocina, o el padre John no podía encontrar las llaves de la capilla, los niños recibían la orden de agruparse ante la estatua. *San Antonio, San Antonio, haz que encuentre lo que he perdido.*

Los católicos eran raros en esta parte de Nueva Inglaterra. Un irlandés local que había hecho una gran fortuna prensando uvas baratas para fabricar un contundente oporto, antes de morir, en un desesperado intento de ganarse el cielo, había dejado la viña a la iglesia. Y ésta designó a los hermanos de Saint Anthony para que reclamaran el terreno y levantaran el convento. Así, se vieron rodeados de protestantes, que, en el curso del primer mes de su llegada, les quemaron el granero, les contaminaron el agua del pozo y prendieron a dos hermanos después del anochecer y los enviaron de vuelta al convento embreados y emplumados.

Después de orar en busca de guía, los hermanos volvieron los ojos hacia la prensa de uvas del irlandés, que seguía intacta en el terreno. Mandaron traer cepas de Italia, y al cabo de varios intentos y fracasos lograron dar con la vid que casaba bien con el suelo pedregoso de Nueva Inglaterra. Mucho antes de que Saint Anthony llegara a ser bien conocido por sus caldos, que envejecían en barricas de madera vieja y consumían en sus misas matinales y vespertinas. El vino sin consagrar se vendía a las

tabernas locales y también a algunos terratenientes que enviaban a sus criados a recoger las botellas durante la noche para que sus vecinos no les vieran haciendo tratos con católicos.

No mucho después dejaron al primer niño. El hermano Joseph oyó lloros un día, antes de la salida del sol, y al abrir la puerta se encontró con un bebé envuelto en un vestido sucio. La segunda criatura apareció en un cubo, al lado del pozo. La tercera en un cesto, junto al excusado exterior. A las niñas se las llevaban cada varios meses las hermanas de la caridad, que atendían a los enfermos en el hospital que había a unos cuantos kilómetros del convento. Lo que era luego de ellas, nadie lo sabía, pero los niños se quedaban en Saint Anthony, y el convento no tardó en convertirse en un orfanato de facto, al que eran entregados los hijos bastardos de los habitantes de los alrededores, que de cuando en cuando seguían tratando de quemar el convento.

Para defenderse de estas tentativas incendiarias, los hermanos levantaron un alto muro de ladrillo en torno al terreno del convento, que se extendía en pendiente y descollaba como una fortaleza a lo largo del camino. En la parte inferior del portón habían abierto una puertecita batiente, y era a través de ella por donde metían a los bebés para que se hiciera cargo de ellos el convento. A Ren le contaron que también a él lo habían empujado hasta el interior del convento a través de aquella pequeña puerta, y que a la mañana siguiente lo habían encontrado en el jardín del prior todo cubierto de barro. La noche anterior había llovido, y aunque Ren no tenía recuerdo alguno de la tormenta, a menudo se preguntaba por qué lo habían dejado allí con tan mal tiempo. La conclusión a la que llegaba siempre era la misma: quienquiera que fuera quien lo había dejado, tenía una prisa extrema por librarse de él.

La puerta de entrada abría hacia dentro. Cuando Ren empujaba con un dedo desde dentro la puertecita de vaivén, sentía la resistencia del armazón de madera del otro lado. No había

manilla en el interior, ni hendidura para meter los dedos abajo y tirar de ella. La madera era pesada, gruesa y vieja: una buena pieza de roble de los bosques de más allá del orfanato, desbastada años atrás. A Ren le gustaba imaginar que le devolvían una presión desde el otro lado, que una madre volvía a meter la mano por la puertecita, una madre que se arrepentía de lo que acababa de hacer y que buscaba a tientas, moviendo desesperadamente el brazo delgado y blanco.

Al pie de la estatua de San Antonio los chicos pequeños se empujaban unos a otros, inquietos, y los mayores se aclaraban la garganta con nerviosismo. El hermano Joseph recorría la fila y les enderezaba la ropa, o se escupía la mano y les restregaba la cara, o daba con la abultada panza a los chicos que se salían un poco de la fila. Ahora se acercaba a un pequeño de seis años a quien de pronto —y a causa de la excitación— le había empezado a sangrar la nariz.

—Tápate eso rápidamente —dijo, poniéndose delante del niño para que no pudieran verle.

El padre John se acercaba con solemnidad desde el otro extremo del patio, y tras él iba el hombre que había besado a su caballo.

Era granjero. De unos cuarenta años. De hombros fuertes y dedos gruesos, callosos, y piel del color del cuero crudo a causa del sol. Tenía un brote de manchas marrones en la frente y en el dorso de las manos. Su cara no era desagradable, y llevaba el sobretodo limpio, la camisa bien planchada y blanca, y el cuello bien abrochado. Lo había vestido una mujer. Así que debía de haber una esposa. Una madre.

El hombre empezó a pasar revista. Se detuvo ante dos chicos rubios, Brom e Ichy. Eran dos gemelos ni muy mayores ni muy pequeños, y los habían dejado en el convento tres años después que a Ren. Brom tenía el cuello más ancho —unos cin-

co centímetros— que su hermano; pero Ichy tenía los pies más largos —unos cinco centímetros también—. Pero aparte de estos dos rasgos que los diferenciaban era difícil decir quién era quién cuando estaban de pie y quietos en la fila. Sólo cuando estaban en el campo trabajando, o cuando tiraban piedras contra un pino, o se lavaban la cara por la mañana se hacían evidentes las diferencias. Brom se echaba agua encima de la cabeza con la mano, y eso era todo. Ichy doblaba el pañuelo en cuatro, lo humedecía en la jofaina y procedía a lavarse cuidadosa y lentamente detrás de las orejas.

Se decía que nadie querría adoptar a Brom y a Ichy porque eran dos gemelos. Uno de ellos seguro que tendría mala suerte. A los que nacían en segundo lugar se les solía considerar portadores de mala suerte y se les ahogaba poco después de nacer. Pero, como no se sabía cuál de los dos había nacido el primero, no era posible saber de quién iba a provenir la mala suerte. Lo que tenían que hacer los dos gemelos era separarse, diferenciar su aspecto en la medida de lo posible. Ren mantenía para sí esta información. Eran sus únicos amigos, y no quería perderlos.

Allí de pie, juntos, los dos hermanos sonreían de oreja a oreja al granjero, y luego, de súbito, Brom rodeó a su hermano con los brazos y trató de levantarlo del suelo. Ya lo había hecho antes en cierta ocasión, como exhibición de fuerza ante dos caballeros de cierta edad, y la cosa había acabado de mala manera. Ren, desde el otro extremo de la fila, vio cómo Ichy, cogido por sorpresa, se puso a recitar las tablas de multiplicar, mientras no paraba de debatirse con violencia contra su hermano, hasta el punto de que una de sus botas salió disparada al aire y pasó rozando la oreja del granjero.

El padre John llevaba siempre una vara en la manga del hábito, y empezó a emplearla con los dos gemelos, mientras el hermano Joseph iba a recoger la bota de Ichy y el granjero seguía pasando revista a los chicos. Ren se puso los brazos a la espalda

y se mantuvo en posición de firmes. Y contuvo la respiración cuando el hombre se paró frente a él.

—¿Cuántos años tienes?

Ren abrió la boca para responder, pero el hombre habló por él.

—Aparentas unos doce.

Ren quería decirle que podía tener cualquier edad, que podía ser cualquier cosa que el hombre quisiera, pero en lugar de hacerlo hizo lo que los hermanos le habían enseñado y no dijo nada.

—Quiero un chico —dijo el granjero— lo bastante mayor para ayudarme en el trabajo y lo bastante pequeño para que mi mujer sienta que tiene un niño. Alguien que sea honrado y que tenga ganas de aprender. Alguien que sepa ser un hijo para nosotros. —Se inclinó hacia delante y bajó la voz para que sólo Ren pudiera oírle—: ¿Crees que serás capaz de hacer eso?

El padre John se acercó a ellos.

—No, usted no quiere a este chico.

El granjero retrocedió un paso. Pareció confundido, y luego furioso por la interrupción.

—¿Por qué no?

El padre John señaló el brazo de Ren.

—Enséñaselo.

Ahora fueron los otros chicos los que se inclinaron un poco hacia delante. El cura y el granjero aguardaron de pie, quietos. Ren no se movió, como si por el mero hecho de esperar pudiera hacer que aquel instante se transformara en algo diferente. Fijó la mirada más allá del granjero, en un arce que había justo al otro lado del muro de piedra, cuyas hojas otoñales empezaban a cambiar. Pronto aquellas hojas mudarían de color, y después llegaría el viento, y aquel arce parecería algo completamente diferente. La mano del padre John desapareció en el interior de la manga de su hábito, y acto seguido la vara cayó sobre Ren, y le dejó una delgada marca roja en la piel que le escoció lo suficiente para que se aviniera a revelar su secreto.

Le faltaba una mano. El brazo izquierdo de Ren terminaba bruscamente en un retazo de piel –cosido de modo irregular, cicatrizado, en forma de V– que le tapaba el hueso. La piel aparecía blanqueada en algunos puntos; los puntos eran como las patas de un ciempiés, desplegados hacia fuera, «fossilizados».

En algún momento de su entrada en el mundo, de su llegada a través de la pequeña puerta de vaivén de Saint Anthony, Ren había perdido una mano. Se preguntaba dónde estaría ahora aquella mano. Cerró los ojos y la vio con nitidez: con la palma abierta, con los dedos ligeramente encogidos. La imaginó detrás de un cubo de basura, dentro de una caja de madera, escondida entre las hierbas de un campo. No se preguntaba por su tamaño. No tenía en cuenta que ya no casaría con su cuerpo actual. Se limitaba a mirarse la mano derecha y a pensar en que su gemela izquierda estaría en algún lugar del mundo esperando pacientemente a que él fuera a recuperarla.

El granjero trató de no reaccionar, pero Ren captó el disgusto oculto en su semblante al verlo apartarse y seguir pasando revista. Cuando el granjero eligió a un chico en el otro extremo de la fila –un tal William, pelirrojo y con la mala costumbre de comerse las uñas–, lo hizo como si la que acababa de tomar fuera la única decisión posible.

Ren vio cómo el granjero levantaba a su nuevo hijo y lo dejaba dentro del carro. El hombre le dio unos golpecitos en la cabeza a William, y luego se volvió y contó unos cuantos billetes y se los tendió al padre John, que se los guardó rápidamente en la manga del hábito. El granjero se subió al pescante de la carreta y se dispuso a partir, pero en el último momento bajó las riendas y echó una mirada a la estatua de San Antonio.

–¿Qué pasa con los que nadie quiere?

–Van a la milicia –dijo el padre John–. Al ejército.

–No es una vida fácil.

–Es la voluntad de Dios –dijo el padre John–. Nosotros no cuestionamos sus designios.

El granjero miró al cura, y luego a su nuevo hijo, que se mordía nerviosamente la piel del pulgar. Soltó el freno de la carreta.

–Yo sí –dijo, y le dio una voz al caballo y la carreta empezó a avanzar camino abajo.

## 2

En el granero el hermano Joseph se sirvió una jarra de vino y se sentó en su silla. Bajo el hábito tenía un calentador de pies, una pequeña caja de hojalata llena de ascuas de la chimenea de la cocina. Puso una suela de la sandalia sobre él, y luego la otra, mientras supervisaba el trabajo de los niños. De cuando en cuando se quedaba dormido y se le prendía fuego el hábito. Pero de una forma u otra siempre se las arreglaba para despertar a tiempo y sofocar el fuego con el cuenco de la cata.

Los chicos, alrededor de él, desgranaban, prensaban y colaban las uvas. Era otoño, y la cosecha estaba casi terminada. El hermano Joseph supervisaba la cantidad de azúcar y levadura que debían añadir al mosto; y cómo tapaban las cubetas con estopilla y las apartaban a un costado. Luego desespumaban las impurezas y pasaban el líquido a las barricas de madera, añadían un poco de vino ya hecho, y dejaban reposar el mosto para que fermentara. El paso final era el trasiego del vino a las botellas, y el encorchado. Tres meses después el caldo estaba listo para degustarse.

El hermano Joseph no dispensaba a Ren de este trabajo, pero buscaba formas de ayudarlo. Le ataba el cesto a la cintura cuando el chico recogía uva en la viña; le enseñaba cómo enca-

jar la espumadera en el ángulo interior del codo; le colocaba el embudo entre los dedos y el muñón desnudo. A Ren a veces le llevaba el doble de tiempo que a sus compañeros cumplir con sus obligaciones, pero el hermano Joseph le dirigía algunas palabras de aliento que normalmente le daban a Ren ánimos para rematar la tarea.

Ahora el hermano escrutaba el interior de su jarra e inspeccionaba el poso oscuro que había quedado en el fondo. Luego miraba a los chicos, que iban de un lado para otro en el silencio que siempre guardaban cuando alguien acababa de adoptar a alguno de sus compañeros: las caras sombrías, resentidas... El hermano Joseph dejó su jarra en el suelo y empujó hacia un lado el calentador de pies.

—Creo que deberíamos decir una oración por William —dijo.

—No la necesita —dijo Ichy.

—Todos necesitamos oraciones —dijo el hermano Joseph—. Y más cuando nos sucede algo bueno. —Suspiró—. A las cosas buenas siempre suelen seguirles rachas de mala suerte. Y las cosas malas siempre vienen de tres en tres.

Los chicos pensaron en ello mientras seguían con su trabajo. Y más de uno se alegró en su interior.

—¿Qué clase de mala suerte cree que pueda venirle a William? —preguntó Ichy.

—Es difícil saberlo —dijo el hermano Joseph—. Puede ser cualquier cosa.

—Apuesto a que les roban camino de casa —dijo Ichy.

—Y al llegar —dijo Brom— la casa está ardiendo.

Los otros chicos enseguida se unieron a ellos, y cada cual aventuró su visión de la mala suerte que podría acontecerles a William y a su nuevo padre: quedaban atrapados en medio de enjambres de abejas, los perseguían jaurías de lobos hambrientos; enfermaban de gota, cogían la varicela, la peste...

—¡Ya basta! —dijo el hermano Joseph—. Se supone que sólo son tres cosas.

Pero los chicos siguieron proponiendo desdichas, imaginando cosas cada vez peores, ebrios de su propia mezquindad.

Ren intentó pensar cuál sería su augurio de mala suerte para William, pero no pudo ir más allá de la imagen del granjero levantando a su nuevo hijo hasta la carreta. Se preguntó si William les escribiría, una vez instalado. Algunos de los chicos que habían sido adoptados mandaban cartas que contaban cosas de su nueva vida, de camas calientes y ropas limpias y comidas especiales que les preparaban sus madres. Estas cartas las guardaban como bienes preciados, y se las pasaban de unos a otros hasta que las hojas se gastaban y la tinta acababa desvaída.

Ren imaginó la cena que le esperaba a William aquella noche. La mujer del granjero sacaría la vajilla buena, si es que la tenían. Sí, decidió Ren: tenían una vajilla buena. Platos de porcelana blanca. Y también habría un pequeño cuenco con flores silvestres, cogidas de la trasera de la casa, al otro lado de la puerta de la cocina: capullos de color rosa y azul, y pequeños ranúnculos amarillos. Habría pan, aún caliente, cortado en rebanadas, en una cestita, cubierto con una servilleta. Habría algún tipo de estofado, caliente y lleno de carne sazónada con hierbas, tierna y suave y fácil de masticar. Y una montaña de patatas. Y maíz desgranado de las mazorcas. Y vasos de leche fresca. Y, enfriándose en el alféizar de la ventana de la cocina, justo detrás de la mujer del granjero, que estaría de pie en el hueco de la puerta esperando la llegada de la carreta de su marido, habría una tarta de moras. Para los tres.

A ella no le habría importado lo de la mano. No le habría importado lo más mínimo.

Ren, sentado en el suelo de la bodega, clasificaba las uvas, quitaba las hojas y los trocitos de sarmientos de la pulpa, desechaba las uvas estropeadas o no maduras. Siempre había arañas en las cestas que traían de los viñedos, y nubes de mosquitos, y a veces hasta culebras negras. Los dedos de Ren estaban rojos. Pasarían días hasta que el color se le fuera de la piel.

Cuando terminó su trabajo, echó las uvas al interior de la prensa, un enorme artilugio que se alzaba en el centro del granero. Los niños se amontonaban al pie de ella, junto a las espigas del fondo, y recogían el caldo en cubos mientras otros hacían girar la manivela, una especie de molinete en el costado de la prensa. Era un trabajo duro. Los chicos más mayores empujaban la manivela, uno en cada brazo, caminando en círculos. Un año más y Ren sería uno de ellos.

En Saint Anthony sólo un puñado de chicos llegaban a ser bastante mayores sin que nadie los adoptara como para acabar siendo enviados al ejército. Uno de ellos se llamaba Frederick, un chico robusto a quien le costaba respirar y se desmayaba a menudo, desplomándose en el suelo sin hacer el menor ruido. Los soldados llegaron de noche y se lo llevaron. Desde la ventana del cuarto de los pequeños, Ren había visto cómo los soldados lo arrastraban por el patio, y a través del portón de madera, con el cuerpo flácido y los pies rebotándole sobre los adoquines. Jamás volvió a saberse de él.

Otro se llamaba Sebastian, un chico terriblemente delgado y pálido. Seis meses después de su marcha con los soldados apareció en la puerta del orfanato, y estaba tan cambiado que sus compañeros no lo reconocieron. Tenía la cara demacrada, y los dos ojos a la funerala. Y el labio partido, y una de sus piernas parecía rota. Sebastian empujó la puertecita de la parte baja del portón, la misma por donde había pasado de muy niño, y a través de ella suplicó a los hermanos que volvieran a acogerle. El padre John se acercó al portón, masculló una plegaria, y echó el cerrojo doble. El chico se quedó allí tres días sin moverse, primero llorando, luego suplicando, luego gritando, luego rezando, luego maldiciendo, hasta que al final guardó silencio, y llegó una carreta conducida por tres soldados, y subieron a Sebastian en la parte de atrás y se lo llevaron.

Se rumoreaba que el padre John aceptaba dinero de los soldados, y que firmaba un contrato de algún tipo por el que tras-

pasaba la propiedad de los chicos. No pasaba un solo día sin que Ren se acordara de eso, y siempre que lo hacía le empezaba a escocer la cicatriz del extremo del brazo. Y cada vez que pasaban de largo en la fila sin escogerle, cada vez que veía cómo se llevaban a otro chico a algún hogar, cada año que pasaba y se hacía más mayor, le escocía mucho más.

Para compensar todo esto, Ren robaba cosas. Empezó con pequeñas cosas de comer. Estaba de pie enfrente del cocinero después de limpiar la chimenea, y el hombre miraba la cicatriz del chico, y luego se daba la vuelta y se quedaba mirando el montón de coles que tenía delante mientras gritaba para que alguien limpiara las judías, y a Ren le bastaba esa fracción de tiempo para meterse en el bolsillo un trozo de pan de los que el cocinero había dejado sobre la encimera.

Jamás robaba nada que no fuese muy fácil de esconder. Robaba calcetines y cordones de los zapatos, peines, estampas con oraciones, botones, llaves, crucifijos. Todo lo que se le ponía por delante. A veces se quedaba con las cosas, otras las devolvía; y otras las tiraba al pozo. Así, Ren era responsable de la mayoría de las cosas desaparecidas por las que se rezaba ante la estatua de San Antonio.

Lo que decidía conservar lo escondía dentro de una pequeña grieta que había a unos treinta centímetros del borde de la cara interior del pozo. Se inclinaba sobre el brocal de piedra y metía la mano por la grieta, y el eco de su respiración le llegaba desde el agua del fondo. En aquel escondite guardaba una pieza rota de cerámica azul y blanca, una piel de serpiente que se había encontrado en el bosque, las cuentas de un rosario —hechas de rosas de verdad— que le había robado al padre John, y, lo más importante de todo, sus piedras.

Los chicos de Saint Anthony coleccionaban piedras. Atesoraban piedras como si fueran objetos preciosos, como si la acu-

mulación de feldespato y pizarra empedrara el camino hacia una nueva vida. Si cavaban en los sitios apropiados, podían encontrar cosas aún más raras —cuarzo, mica, puntas de flechas—. Las piedras las guardaban celosamente, y las cambiaban con sus compañeros, y les tenían verdadero cariño, y a veces sus propietarios, cuando alguien los adoptaba, las dejaban atrás.

Aquella tarde, cuando el hermano Joseph se quedó dormido, los chicos extendieron sobre el suelo del granero las piedras de William, y se pusieron a discutir cómo repartirlas. Eran unas treinta o cuarenta. Piedras que brillaban como metales, o que tenían rayas pardas y negras, o rojas y anaranjadas, del color de las puestas de sol. Pero la mejor de todas era una piedra de los deseos, una piedra gris con una franja blanca y continua a su alrededor, y con la facultad de hacer que los deseos se hicieran realidad.

Ren había visto una piedra de los deseos una sola vez en la vida. Se la había enseñado Sebastian, su dueño, quien se mostraba tan celoso de ella que jamás dejaba que nadie la tuviera en la mano. Tenía miedo de perder su deseo. Lo estaba reservando, le explicó, para cuando se encontrara en un apuro de verdad, y se la llevó consigo cuando tuvo que irse al ejército. Más tarde, fuera del muro de ladrillo que rodeaba el orfanato, con los labios agrietados por el sol, Sebastian le había dicho a Ren —a través de la puertecita de vaivén del portón— que alguien le había robado la piedra de los deseos mientras dormía.

—No tendría que haberla dejado para cuando la necesitara de veras —le dijo, llorando—. Tendría que haberla usado nada más encontrarla.

Las vigas del techo del granero iban devolviendo el eco de las voces de los chicos. Algunos de ellos habían reconocido ya la piedra de los deseos. Ren estaba seguro de que, una vez que se hubiera hecho el reparto, habría perdido su oportunidad de conseguirla. Se fue acercando hacia donde descansaba sobre el piso, mientras se remangaba poco a poco. Luego fingió que al-

guien le había empujado desde atrás, y se lanzó con todo su peso hacia el centro del grupo que rodeaba las piedras, y se puso a gata por el suelo, cubriéndose la mano derecha con el muñón de la izquierda. El grupo empezó a darle codazos para echarlo hacia el exterior.

–Fuera de aquí.

–Leproso.

–Lárgate.

Ren fue apartándose hacia el fondo del granero mientras los chicos seguían discutiendo, pero llevaba la piedra bien apretada entre los dedos. Abrió la palma y la miró. La piedra de los deseos era del color de la lluvia. Con los bordes suaves. Palpó la hendidura donde empezaba el anillo blanco, y pensó en todas las cosas que iba a pedir.

Brom e Ichy se susurraron algo, y acto seguido se alejaron del grupo y siguieron a Ren. Sabían que Ren se había llevado algo. Eran amigos suyos, pero querían su parte de lo que fuera.

–¿Qué tienes en la mano?

–Nada.

–Dánoslo.

Los demás chicos empezaban a darse cuenta. El primero fue Edward, con su nariz goteante, y luego Luke y Marcus. Ren sabía que apenas disponía de unos segundos antes de que todos se le echaran encima. Soltó un puñetazo a Brom, y sintió el peso de la barbilla de su amigo contra los nudillos. Luego se agachó y pasó por debajo del brazo de Ichy y salió en tromba del granero. Corrió lo más rápido que pudo hacia el pozo, con la esperanza de tener tiempo para esconder la piedra, y rogando al cielo para que los chicos no fueran tras él. Pero lo hicieron; estaban ya muy cerca. Brom iba a la cabeza, y casi podía agarrar a Ren por el hombro; y cuando por fin lo consiguió ambos cayeron rodando por el suelo.

Ichy se sentó sobre el pecho de Ren, y Brom le retorció el brazo hasta hacerle abrir los dedos. Ren trató de zafarse de ellos,

mordiendo y arañando, pero en el fondo sabía que iba a sucumbir, y sintió que la piedra se le caía de la mano. Los chicos lo dejaron jadeando sobre el polvo, y se congregaron en torno a lo que le acababan de arrebatar

–Lo que deseo es una punta de flecha –dijo Ichy.

–No es lo bastante bueno –dijo Brom.

–Pues entonces dulces.

–Que el padre John se rompa el cuello.

–¡Juguetes!

–Que me elijan en la fila.

–Por que sean cien deseos en lugar de uno.

Ren escuchaba lo que decían. Jamás había odiado más a ninguno de ellos. El odio le salió a borbotones de las puntas de los dedos, y la emprendió a empujones y les arrebató la piedra de los deseos. Si él no iba a ser su beneficiario, ninguno de sus compañeros lo sería. Los gemelos le agarraron por la camisa y él trató de zafarse desesperadamente, y el odio que sentía en su interior le dio fuerzas –más de las que había sentido en toda su vida– y echó el cuerpo hacia delante y tiró la piedra al pozo. No se oyó nada mientras caía, sólo el eco de la respiración de Ren en la oscuridad, y al final el chapoteo mínimo que le hizo saber que la piedra había hendido el agua.